

JOSÉ ANTONIO MARINA



es@lavanguardia.es

crear

HOLGAZANERÍA APRENDIDA

El calor del verano anima a la indolencia, y las vacaciones son el paraíso terrenal en formato mini. ¿Será esta holganza nuestro estado natural, del que nos expulsa la puñetera obligación? Hace años, Erich Fromm, un psicólogo que fue en su tiempo excesivamente famoso y ahora excesivamente olvidado, publicó un curioso artículo con un curioso título: *¿Es el hombre perezoso por naturaleza?* Respondía tajantemente que no. El ser humano disfruta con la acción y con

el esfuerzo. Nos mueven tres grandes deseos: el placer, la vinculación afectiva y la ampliación de nuestras posibilidades. Junto al deseo de buscar placeres nos moviliza el deseo de explorar, descubrir misterios, resolver problemas, inventar, superarnos. Los filósofos clásicos definían este afán como *raisonnable emprise de hautes choses* (emprender razonablemente cosas altas). Para Tomás de Aquino, nos empeñamos en hacer cosas que exceden la “facilidad de los animales”. Sin embargo, es evidente que sentimos el halago de la pereza. Lo que Fromm decía, y ha sido después corroborado por muchas investigaciones, es que se trata de una “holgazanería aprendida”. Este asunto me interesa porque tiene claras implicaciones educativas. En experimentos hechos con palomas, se las educó para recibir recompensas sin esfuerzo. Cuando se les cambió el régimen y tuvieron que trabajar para conseguirlas, tarda-

ron mucho tiempo en acostumbrarse. Habían sido palomas mimadas. El zoólogo Glen Jensen ha comprobado que muchos animales prefieren ganarse la comida con esfuerzo. El único que no siente esa necesidad es el gato, animal doméstico por naturaleza, que ha aprendido la pasividad.

“A nivel más cotidiano –escribe Johnmarshall Reeve– existen abundantes ejemplos de holgazanería aprendida. Si al niño se le dan premios al azar y sin correspondencia alguna con su conducta, entonces puede dejar de esforzarse para obtener recompensas. Otro posible, aunque atrevido ejemplo, sería el caso de las personas muy atractivas físicamente. Reciben atención y

AUNQUE NOS EMPEÑAMOS EN CREAR COSAS Y DESCUBRIR MISTERIOS, ES EVIDENTE QUE SENTIMOS EL HALAGO DE LA PEREZA

alabanzas con independencia de cualquier esfuerzo. Entonces pueden empezar a plantearse: ¿por qué esforzarme si tengo el premio asegurado?”

Cuando era adolescente, leía con pasión a Antoine de Saint-Exupéry, porque me fascinaba su constante llamada a una vida llena de entusiasmo.

En una de sus obras, *Citadelle*, cuenta la historia del jefe de una tribu preocupado por conseguir la felicidad de su pueblo. “Oblígales a construir juntos una torre, y les convertirás en hermanos, pero si quieres que se odien, arrójales comida. Una civilización reposa sobre lo que se exige a los hombres, no sobre lo que les es dado gratis”. Sospecho que nuestras sociedades avanzadas están fomentando la holgazanería política aprendida, que va unida al individualismo agresivo que temía Saint-Exupéry. Nos hemos acostumbrado a recibir gratis muchas cosas. Tenemos la pasividad del gato. Estamos padeciendo la “indolencia de los derechos”, basada en la idea de que por el hecho de existir lo merecemos todo. Tener derechos es una costosa creación de la inteligencia humana. Pero como todas las grandes creaciones necesita una energía descomunal para existir. Los derechos son como las bicicletas: para que se mantengan verticales es necesario pedalear. La metáfora no es poética, pero me parece útil y verdadera. ■



Raúl